

LAS DOS CONCEPCIONES

Fundamentales de la Filosofía Racionalismo-Idealista e Intelectualismo - Realista

DOS son las concepciones fundamentales a que se puede reducir esquemáticamente toda Filosofía: el idealismo-racionalista de Platón y el realismo-intelectualista de Aristóteles, depurado a la luz de sus propios principios y plenamente desarrollado por Santo Tomás.

La primera concepción se encarna en una teoría del conocimiento desvinculado de la realidad empírica, que va de adentro a afuera, de las ideas innatas — o adquiridas independientemente de la experiencia de los sentidos —, a la realidad, y que implica, por ende, un dominio del conocimiento sobre su objeto y una supremacía de la inmanencia sobre la trascendencia.

Semejante teoría psicológica del origen de nuestras ideas por un camino puramente espiritual, lleva consigo inmediatamente al dualismo antropológico platónico-cartesiano, a la escisión de cuerpo y alma concebidos como dos substancias completas accidentalmente unidas, con una exaltación y valoración casi exclusivas del alma sobre el cuerpo: el hombre es ante todo el alma — el “yo pienso” de Descartes —, mientras el cuerpo más que una parte substancial suya es una carga y una cárcel del alma, que entorpece la actividad de su espíritu, vale decir, de su auténtico yo.

El mundo físico pasa también a segundo plano, puesto que el centro de la realidad reside en el propio mundo interior, en nuestro yo e ideas, en las cuales — sin pasar por los sentidos —, nos es directa e inmediatamente entregado el ser de las cosas exteriores, materiales y espirituales. No hay contacto directo del alma y el mundo, puesto

que el conocimiento sensible está disminuído y no capta en modo alguno la realidad inmaterial o esencial de las cosas, las cuales — así como también los objetos espirituales —, llegan a nuestra inteligencia por otro camino más espiritual: ya por las ideas que adquirimos en una preexistencia del alma separada del cuerpo y que traemos, por eso, innatas al unirnos con el cuerpo (Platón); ya por una especial iluminación con que las ideas divinas nos comunican las verdades eternas e inmutables (San Agustín); ya porque Dios ha puesto las ideas formal o, al menos virtualmente en nuestra alma (Descartes); ya por la visión intuitiva de las mismas en la Divina Esencia (Ontologismo de Malebranche y Gioberti); ya porque Dios mismo produce tales ideas, entiende en nosotros con ocasión de la presencia de los objetos reales, que sin embargo en modo alguno percibimos o alcanzamos en sí mismos (ocasionalismo de Herauld y Malebranche); ya porque nuestra inteligencia está realmente identificada con el objeto de su conocimiento (Spinoza); ya porque los conceptos son creaciones objetivadoras de los datos empíricos, formas a priori de la inmanencia trascendental del espíritu (Kant e idealismo trascendental). Sometida a las exigencias de las ideas (racionalismo platónico-cartesiano), la realidad objetiva no está garantida por su evidencia y contacto inmediato del conocimiento con ella, sino *indirectamente* por un recurso a una realidad espiritual superior, que gobierna (las ideas platónicas, las ideas divinas), y directamente las comunica al alma en una representación espiritual. Más tarde, por un proceso lógico inexorable, cortado el vínculo de dependencia con esta realidad superior trascendente — a la cual sólo se puede llegar partiendo de una realidad intuitivamente dada en la experiencia sensible —, el mundo exterior de la naturaleza, y luego también el divino — al cual únicamente se puede llegar por un raciocinio de efecto a causa, partiendo de la realidad del ser creado —, acaba enteramente gobernada y totalmente creada, como proyección objetiva fenoménica dentro de la propia inmanencia del acto cognoscitivo. Conforme al espiritualismo exagerado del sistema, hay en sus primeros pasos un contacto inmediato entre el alma y Dios (o en el mundo espiritual, en general); Dios (o las Ideas ejemplares), es el que comunica al alma sus ideas (Platón, San Agustín, Descartes, Malebranche...); contacto del alma y de Dios, que poco a poco llega a ser y se transforma más tarde en una identificación total, sea en el mundo real (panteísmo de Spinoza), sea en la inmanencia del espíritu (panteísmo del idealismo trascendental de Fichte, Schelling, Hegel).

Absorbida así la realidad trascendente del mundo y de Dios en

la inmanencia subjetiva, no mejor suerte corre la propia realidad del cognoscente, del yo. Por un proceso lógico, análogo a los anteriores, ella va pasando de una exaltación desorbitada del propio ser real — confiada casi exclusivamente al alma —, a una realidad cada vez más reducida y minimizada (el yo fenoménico de Kant), hasta acabar enteramente devorada en su ser individual por las fauces de la trascendentalidad de la única realidad inmanente impersonal y divina (el espíritu absoluto de Hegel, de Croce y de Gentile).

Mas la raíz de todo este tipo de filosofía en declive fatal hacia el idealismo trascendental y panteísta desde sus primeros pasos, y pese a veces a las intenciones de sus propios autores, está en la posición inicial gnoseológica racionalista, que desvincula el conocimiento intelectual de la intuición sensible, con lo cual la priva del contrato fecundo con la única realidad inmediatamente dada y, consiguientemente, con toda otra realidad relacionada con ésta, a la vez que deforma el hecho mismo del conocimiento, al buscar la vía de acceso a la realidad por un camino puramente espiritual, inaccesible al hombre, que no tiene otro que el de sus sentidos para llegar a ella. En oposición al conocimiento conceptual que — tal cual nos es dado en nuestra conciencia —, en la inmanencia de su acto alcanza la trascendencia del ser real como distintivo del propio ser cognoscente, como *objectum*, gracias a la intuición de los sentidos, penetrando en cuyos datos la inteligencia alcanza inmediatamente su propio objeto, el racionalismo — platónico-cartesiano parte de un conocimiento desvinculado de la realidad sensible, y con ello, de toda realidad, puesto que aquélla es la única que nos es intuitivamente dada y por ella alcanzamos los demás grados superiores del ser —, de un conocimiento puramente espiritual e inmanente, que parte de dentro a fuera. Y cuando el conocimiento no se estructura vitalmente en la realidad misma del *objectum* inmediatamente alcanzado, que desde su trascendencia lo determina y alimenta, nuestros conceptos, perdida la identidad intencional con el ser, se reducen a meras copias o imágenes de la realidad — del mundo, de Dios y de nuestro propio yo —, pero vacías de ellas, que ya no podemos saber más si se conforman o no con el ser extramental, cuya existencia misma es ya desde entonces una incógnita irresoluble, ni si son más bien proyecciones del espíritu, creadoras de los propios objetos que contemplan.

Frente y en oposición a esta primera concepción racionalista-idealista de la filosofía, se yergue la realista-intelectualista de Aristóteles y Santo Tomás.

También en ésta, todo el ulterior desarrollo del sistema arranca y finca sus raíces en la posición gnoseológica inicial, implicada y tratada más bien metafísica que críticamente. A diferencia de la anterior, esta filosofía comienza de fuera a dentro, de la trascendencia a la inmanencia, del *ser al conocer*. En lo cual no hace sino acatar la ley fundamental de nuestro espíritu, de la vida de nuestra inteligencia y voluntad. Un análisis riguroso del conocimiento — esa misteriosa realidad del conocimiento tan difícil de captar sin deformar —, lo devela como captación e identidad intencional con el objeto como un acto en cuya rebotante inmanencia existe identificada inmaterialmente la realidad del ser esencialmente trascendente, vale decir, como distinta e irreductible a la del propio acto subjetivo. La prioridad y hegemonía es aquí del objeto sobre el sujeto. Desde su trascendencia, con su luz propia, con su inteligibilidad irresistiblemente evidente, el ser penetra iluminando y gobernando y estructurando en todos sus pasos la actividad de la inteligencia. Desde entonces, el acto de la inteligencia no se explica ni sentido conserva sin el objeto distinto de ella, inmediata y trascendentemente alcanzado en su propio ser inmanente. ¿Cómo? Gracias a la intuición de nuestros sentidos. En los datos concretos de la realidad material, *inmediata e intuitivamente* aprehendidos por nuestros sentidos, la inteligencia alcanza también *inmediata pero abstractivamente* su objeto propio: *el ser o esencia de las cosas materiales*. Dejando las notas materiales — que individualizan al ser e impiden su inteligibilidad en acto —, la inteligencia penetra hasta el corazón mismo del ser dado en la experiencia sensible, hasta donde no llega la acción de los sentidos que lo captan: hasta la esencia inteligible del ser material. El concepto empobrece así la rica realidad sensible, al despojarla de sus notas individuantes, pero tal empobrecimiento es la condición para llegar a posesionarse de la esencia inteligible del ser, oculta e inteligiblemente opaca y oscurecida por ellas, a identificarse intencional e inmediatamente con este aspecto hondo y entrañable de la realidad material: *su ser y esencia*.

Una vez en posesión del ser trascendente de la realidad material, abstractamente aprehendida en un concepto universal — *la quidditas rei materialis*, la esencia del ser material, que es *el objeto primo et per se* (formal propio, como se expresa en lenguaje tomista), alcanzado por la inteligencia —, hincado su acto desde el comienzo de su existencia en la trascendencia misma del objeto, así sea en el grado ínfimo del ser, *el material*, la inteligencia por un proceso de inducción de efecto a causa, y de deducción desde la esencia a sus propiedades

esenciales, estructurados ambos en las entrañas mismas de la realidad trascendente, logrará subir sucesivamente y apoderarse de todos los grados de la realidad: el mundo material, el propio ser humano y Dios; bien que siempre en los pobres conceptos, inicialmente tomados de las cosas materiales, y adaptados por un proceso de analogía — para significar realidades que lo sobrepasan infinitamente. No es ya la “*idea clara y distinta*” pero desarticulada de la realidad, del racionalismo; es el concepto que sólo alcanza al aspecto abstracto esencial de las cosas materiales pero de una manera firme y segura, en un contacto y comunicación inmediata intencional con su objeto. Y una vez iluminada por la inteligibilidad del ser material — el grado más pobre y humilde de la realidad —, y siguiendo las conexiones necesarias implicadas en la esencia y existencia de ese ser material, la inteligencia asciende a la existencia de los seres espirituales, hasta la de Dios — como existencia en sí y necesaria que dé razón de la *existencia contingente* del ser creado —, y aprehende de algún modo su misma Esencia, bien que no por un contacto directo e inmediato, por conceptos propios adecuados y tomados de su objeto, sino siempre y sólo analógicamente, en la luz mortecina y nocturna de la inteligibilidad de los ínfimos seres materiales, cuyos conceptos, convenientemente purificados de sus notas imperfectas y conservados en lo que de perfección tienen, son levantadas y confortadas para significar — de un modo imperfecto y por analogía —, una realidad espiritual y divina que infinitamente los rebasa. Desde la penumbra de la inteligibilidad de los seres materiales, la inteligencia humana es conducida paso a paso y siguiendo las conexiones del ser, al conocimiento, imperfecto y desproporcionado a la nobleza del objeto, aunque firme y seguro, de la realidad puramente inteligible del mundo espiritual — incluso de la propia alma —, para alcanzar la cima del Acto e Inteligibilidad pura de Dios, Razón suprema en Quien ontológicamente y gnoseológicamente se sostiene y justifica toda la realidad y se esclarece toda su inteligibilidad, como en su Causa Eficiente primera y Final última.

Octavio Nicolás Derisi